

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO IX. — NÚM. 433

Madrid, 10 de Mayo de 1928

PRECIO: 15 CÉNTS.

CON MOTIVO DEL DÍA DE LA MADRE



TRES CANTARES



LOS niños y los locos dicen la verdad. Y el pueblo, loco algunas veces, niño siempre, la canta. Tres coplas, entre otras muchas, que aun surgiendo a menudo a flor de labio, no pierden por eso sus visos transcendentales, se refieren a la madre.

1.ª Todito te lo perdono
menos faltar a mi madre,
que una madre no se encuentra,
y a ti te encontré en la calle.

Así reza el cantar revelando con palabras sencillas un íntimo sentir. *Una madre no se encuentra*, aunque sean susceptibles de ser hallados dinero, fama, fortuna, amigos, dolores, alegrías, si se buscan con acendrado empeño. Y aun cuando el hombre se crezca sabiendo que a su propio esfuerzo debe lo que es y lo que vale, la madre se acepta como dádiva inmediata de la mano de Dios. Y así llega a darse el caso de que una tribu de negros, vendidos por esclavos en tiempos remotos, aprendieran la lengua de sus amos, y el único vocablo que sus hijos y nietos, emancipados hoy día, aun retienen, es el de madre, última palabra de aquel idioma que el tiempo logrará borrar.

2.ª Una limosna di a un pobre
y la bendijo mi madre.
¡Qué limosna tan pequeña
y qué bendición tan grande!

Los más afortunados en este mundo dan; los menos dichosos reciben su limosna. Y dadores generosos son los grandes espíritus, maestros de la ciencia, de las letras, del arte. De su superabundancia vivimos los disci-

pulos, los pequeños, los pobres. No se piense que ellos ensalzan con palabras al ser querido. Ciertamente pudor nos impi-

son amores..., con su propia vida.

Goethe, el poeta y genio universal, en sus obras deja huella imborrable de la influencia que sobre él ejerció su madre.

Kant, el filósofo, repite todas las noches la oración que de niño aprendió en el regazo de la suya.

En cuanto a Diego Silva, primer pintor que al copiar la realidad supiese dar diaphanidad al aire, puso al pie de todos sus cuadros el nombre de su madre, firmando Velázquez.

3.ª Quen me diera dar un ay,
que se oír tan arriba,
que dixerá niña nai
aquella ye niña filla.

El miedo nos lanza en brazos de nuestra madre, único lugar donde no nos avergonzamos de ser cobardes y nos atrevemos a dar rienda suelta a nuestro dolor. Y no debe ser coincidencia fortuita el que al acercarse la muerte — lo afirman los médicos, dan testimonio los moribundos —, los que están próximos a pasar a la presencia no velada de Dios, recuerden con viveza extraordinaria detalles de su niñez, y llegue a ocupar la persona de su madre el centro de sus pensamientos. Se comprende que Isaías, profeta, al querer alentar a un pueblo desfallecido, no encontrase palabras más adecuadas que aquellas en

que Dios mismo promete: «Te consolaré como a uno a quien consuela su madre.»

CATALINA FLIEDNER Y BROWN.



MADRE E HIJOS (Cuadro de Gárate.)

de siempre revelar las intimidades de nuestro mundo interior, tanto el fondo cenagoso como las cumbres que pugnan por adentrarse en el cielo. Y así los grandes ingenios subrayan el refrán: «Obras

A MI MADRE

¡Oh madre, madre mía!
¡Oh mujer que en tu seno me engendraste!
¡Oh luz que de alegría
mi vida coronaste,
y en piadosas verdades me enseñaste!

¡Oh madre!; cuando miro
tu rostro por los años maltratado,
y escucho ¡ay! el suspiro
que exhala el pecho amado
do late un corazón nunca cansado;

cuando en tu amante seno
reclino mi cabeza dulcemente,
y de ventura lleno
recibo, suavemente,
el beso de tus labios en mi frente;

quisiera, madre mía,
estar siempre a tu lado así mecido;
atento escucharía
tu voz, lejos del ruido
y cuidados del mundo corrompido.

Jamás la pesadumbre
me hinchiera de dolor, mi hondo desvío;
perenne dulcedumbre
gozara el pecho mío,
y ahuyentara profundo desvarío.

¡Oh madre, madre mía!
por ti la blanca aurora se levanta,
y con el claro día,
que obscura sombra espanta,
mi torpe lengua tus virtudes canta.

¡Oh madre!; cuántas veces
ingrato tus consejos he olvidado;
mas tú te compadece
de mí, cuando, cuitado,
¡ay! vago y con dolor descaminado.

¡Oh madre! ¿Quién no te ama?
¿Quién no escucha tu nombre dulcemente?
¿Quién tu bondad difama?
¿Qué labio maldiciente
osa manchar tu ennoblecida frente?

El hombre corrompido,
el sér que solo vive y despreciado,
el que en maldad henchido
maldice lopreciado,
guardan siempre hacia ti recuerdo amado.

¡Oh madre, madre mía,
que velaste celosa mi inocencia;
ingrato yo sería
y duro y sin clemencia,
si hacia ti me faltara reverencia.

¡Oh madre, madre mía!
¡Cuán dulce es pronunciar tu nombre amado!
¡Cuán presto se desvía
del alma hondo cuidado
ante ti, y se desvanece apresurado!

¡Oh madre, mujer buena!
¡Mujer que diste a la mujer ejemplo!
¡Fuente de amor amena!,
en ti mis males templo
y esforzado ante el mundo me contemplo.

¡Oh madre!; aunque alto monte
amenace caer sobre mi frente,
y obscuro abismo afronte
y rápida corriente,
y la furia del viento y mar rugiente,

no temeré quebranto
ni dolores, si al fin de la jornada
secar puedes mi llanto,
¡oh madre bien amada,
y endulzar mi existencia! ¡ay!, ¡amargada!

J. CHICHARRO DE LEÓN



LA OBEDIENCIA

«No he venido a llamar a los
justos, sino a los pecadores.»

MARCOS, II, 17.

TENEMOS en el texto mencionado
una de las más interesantes lec-
ciones de Jesús.

Si cada uno se considera a sí mismo,
difícilmente se encontrará quien no sea
pecador; todos somos pecadores; nadie
está libre de un mal pensamiento; la vir-
gen más pura no se habrá librado algu-
na vez en su vida de pasar por su mente
una tentación, un mal pensamiento. Por-
que el pecador no lo es tan sólo de obras,
sino también de pensamiento. Desear
mal a un semejante, ya es un pecado.
Dice Jesús: «Amad a vuestros enemigos»,
y ésta es una cosa muy difícil de rea-
lizar.

Todo el Cristianismo consiste en la
obediencia a los mandamientos de Dios;
Jesús nos enseña su doctrina como el
mismo Dios, pues que es la encarnación
divina.

Hay ordenanzas divinas, difíciles de
comprender y obedecer por nuestra men-
te humana.

Dios quiso probar a nuestro padre
Abraham, pidiéndole el sacrificio de su
único hijo Isaac. Fué esto un ejemplo de
la obediencia que debemos a nuestro
Padre Celestial.

¿Cuántos padres estarían dispuestos a
obedecer a Dios como Abraham?

En la historia de España tenemos un
ejemplo parecido al de Abraham, aunque
de distinto orden, que es el de Guzmán
el Bueno, quien prefirió el sacrificio de su
primogénito a manos de los musulmanes,
antes que entregar la plaza sitiada de
Tarifa, lo que hubiera sido desobedecer
la voz de su conciencia, de su amor a la
patria.

Cuando tenemos en grave estado de
enfermedad a un hijo que amamos, pedi-
mos a toda costa por su salud, pocas ve-
ces sabemos pedir a Dios que sea hecha
su voluntad, porque Él sabe mejor que
nosotros lo que conviene.

Recuerdo haber oído que en cierta oca-
sión una madre tenía un hijo muy enfer-
mo, que se hallaba en peligro de muerte;
aquella madre rogaba a Dios que de
cualquiera manera volviese la salud a

su hijo, que no se conformaría con su
desaparición; no pedía a Dios que su vo-
luntad fuese hecha.

Es humano que una madre amante de-
see la salud y la vida del hijo; pero ante
todo debemos conformarnos y desear
que la voluntad de Dios sea hecha.

Pues bien, aquel hijo sanó y fué cre-
ciendo, y cuando mozo se juntó con ma-
las compañías, llegando a cometer un
crimen, por cuya causa fué condenado a
la pena de muerte. La madre, por más que
pidió e imploró, no pudo obtener el per-
dón, teniendo que pasar por el dolor de
ver a su hijo morir en el cadalso.

¡Cuánto habría deseado aquella desgra-
ciada que se hubiera muerto el hijo cuan-
do chico!

Y cuántas veces habremos oído exclam-
ar a una madre cuando un hijo le sale
desobediente y le causa disgusto: «¡Ojalá
te hubieses muerto cuando eras chico!...»

Es cierto que esta exclamación suele
decirse en momentos desesperantes, que
en realidad nunca se desearía.

La voluntad de Dios debe ser de nues-
tro acatamiento; no debemos desesperar
ni indignarnos contra Él por los males y
desgracias que nos sobrevengan en la
vida.

Debemos pedirle, si, porque nos mejo-
re la salud quebrantada, la situación tris-
te que tengamos, las amarguras que pa-
semos; pero siempre, ante todo, rogarle
que sea hecha su voluntad.

La obediencia y resignación es el escu-
do del cristiano, para poder sufrir y so-
portar todos los males; son el modo con
que triunfar, sin que la desesperación lle-
gue a dominarnos y a cegarnos.

Acerca del concepto de la muerte que
debemos tener de un ser querido, el
Apóstol dijo: «¡No os aflijáis como los
que no tienen esperanza!»

Debemos considerar las aflicciones
como pasajeras; tenemos esperanza de
otra vida mejor, donde la dicha nunca se
acaba.

Los trabajos y las penas son a veces
pruebas que Dios nos manda; debemos,
por tanto, resignarnos, que bien pueden
ser para nuestra utilidad y ventaja.

Las guerras, intrigas, envidias, enemis-
tades, que a veces tenemos que sufrir de
nuestros semejantes, debemos soportar-
las con resignación por aquella virtud
que dice: «Sufrir con paciencia las adver-
sidades y flaquezas de nuestros próji-
mos.»

¡Que Dios nos bendiga a todos y nos
dé la fuerza necesaria para poder cum-
plir su voluntad, obedeciéndole en todo,
hasta el fin de nuestra vida terrenal!

MANUEL PUCH

La madre es el don de más precio que
el cielo puede otorgarnos.— *Severo Cata-
lina*.

Muchas maravillas hay en el Universo;
pero la obra maestra de la creación es el
corazón materno.— *Bersot*.

A TRAVÉS DE LA PRENSA

La lectura de la Biblia.

«¿Cuántos católicos habrán leído la Sagrada Escritura toda entera? Sería instructiva una estadística veraz que nos informara de este punto; de ella sacaríamos muchas reflexiones y nos explicaríamos muchas cosas que hoy parecen inexplicables. Un libro que «tiene a Dios por autor», según la fórmula dogmática de los Concilios; que constituye la base histórica del sobrenaturalismo cristiano, ha venido a ser sustituido entre las personas piadosas por los consabidos devocionarios y lecturas, más o menos espirituales, como si la palabra del hombre, por santa y sabia que sea, pudiera sustituir la palabra de Dios. En el mejor de los casos, no puede haber *Imitación de Cristo* que pueda formar la conciencia del cristiano como la vida y doctrina del mismo Cristo; por santa que sea la doctrina de cualquier imitador de Jesús, siempre será la interpretación unilateral, falible, humana al fin, de la enseñanza auténtica de Dios.

»Hemos dicho en el mejor de los casos, porque en la mayoría de ellos, esas lecturas y meditaciones suelen ser elucubraciones más o menos edificantes, muchas veces de una religiosidad vacua y declamatoria, de escritores «ascéticos» inominados a lo mejor, que repiten lo que han leído en algún ascético de verdad; pero no lo han experimentado ni practicado tal vez. Lecturas que el vulgo toma por espirituales sólo porque suelen estar empapadas en una cierta religiosidad sentimental, que da por resultado una separación absoluta entre la religión y los móviles profundos de la conducta, es decir, una deformación completa de la conciencia cristiana. Hay gentes católicas que encuentran muy «cruda» la lectura de la Biblia, lo cual no obsta para que lean novelas muchísimo más «crudas»; hasta se escandalizan porque en los Libros Santos se dicen verdades que atañen a los deberes más serios de la vida. No piensan que un libro que debe ser el código moral de la Humanidad, necesariamente ha de exponer toda clase de deberes, desde los más exquisitos hasta los más groseros, para elevar precisamente nuestra animalidad a los peldaños de la santidad costosa. Sin suprimir desde luego las lecturas auxiliares de formación espiritual, es preciso volver a la fuente y restaurar en el uso cotidiano la lectura de la doctrina cristiana directamente revelada.

»No negamos que, afortunadamente, estos últimos años hemos hecho grandes progresos en este sentido. De cuando en cuando aparecen nuevas ediciones, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. En Cataluña se publica, como es sabido, una nueva traducción de la Biblia, que pretende ser «un monumento de la lengua catalana». Y aunque nos duela el

decirlo, no podemos callar que España, la nación de las Biblias políglotas y de los grandes escriturarios, todavía no tiene una traducción de la Sagrada Escritura que sea un monumento del idioma nacional, siendo así que apenas hay nación en Europa que no tenga su versión clásica o monumental de los Libros Santos. Pero ya que no hayamos de ver realizado ese noble anhelo, como parece que lo intenta ahora Cataluña en su idioma regional, consolémonos con ver más frecuentemente en manos de los españoles el «Libro» por excelencia.

»Tenemos que saludar una nueva edición de toda la Biblia en un tomo manual, editada por el Apostolado de la Prensa. No es una nueva traducción, pero se da la conocida de Torres Amat en una forma «nueva». La antigua división en capítulos y versículos ha sido refundida, no omitida, en una división por asuntos, que, por medio de sus títulos y notas marginales, pone el sentido al alcance del lector con sólo mirar la página. Con esto se hace, además de fácil, más agradable la lectura, pues las subdivisiones y párrafos en que van distribuidos los versículos modernizan, por decirlo así, este Libro, único en el mundo y que durará tanto como él.


»No es el primero en el orden cronológico, pues mil años, por lo menos, antes que escribiera Moisés, Babilonia y Persia, y sobre todo Egipto, poseían una rica literatura; pero es el primero por su importancia, puesto que contiene la revelación de Dios, gran parte de la cual precedió en la Humanidad primitiva a todas las manifestaciones literarias del pensamiento humano. Y en cuanto a su permanencia entre los libros que escriban los hombres, «el cielo y la tierra pasarán», pero la Biblia no pasará, porque es la historia de las conversaciones de Dios con el género humano, el texto de meditación para todas las generaciones y el instrumento literario de la unidad moral y religiosa de todos los hombres.

»Debemos un cordial parabién al padre Páramo, profesor de Sagrada Escritura en el Seminario de Comillas, por haber dado a la antigua traducción de Torres Amat un carácter tan moderno y tan al alcance de los lectores de hoy; y al Apostolado de la Prensa, que con esta publicación logra el fin más alto de su propaganda de buenas lecturas. ¿Y qué lectura podrá compararse, por buena que parezca, con la de este Libro divino? ¿Qué lector, por torpe que sea, no sacará de él luz para su entendimiento, esfuerzo y rectitud para su voluntad, sublimes emociones y afectos para su corazón, alientos para la vida y santas esperanzas para la muerte?

MANUEL GRAÑA.

(De *El Debate*, de Madrid.)

Recomiende a sus amigos

 ESPAÑA EVANGÉLICA

Catolics europeus.

«— He pogut observar que els més solvents escriptors catòlics de França, en parlar de Taine amb ocasió del seu centenari, el tracten amb gran respecte i fan justícia a les seves altes qualitats intel·lectuals i morals. I això que Taine, no sols no era catòlic ni cristià, sinó que no era religiós.

— Sembla que aquesta actitud us hagi sorprès.

— Una mica.

— És que deveu estar acostumat a llegir certs periòdics catòlics de per aquí, que mostren contra els heterodoxos una fúria profundament anticristiana.

— En efecte: a la Península, i a Catalunya i tot, molts catòlics creuen que els qui no pertanyen a llur creença són homes satànics, i els miren amb una mena d'horror.

— No és precisament horror: és odi. I aquest odi sí que és satànic. Amb un fingit to commiseratiu qualifiquen de «desgraciats» els heterodoxos. Recordo que, en un periòdic català, aquest adjectiu va ésser aplicat a Ernest Renan.

— Com l'apliquen públicament o «in mente», a Hipolit Taine.

— És que aquests catòlics no són catòlics europeus. Pertanyen a una altra regió espiritual. Aquests catòlics anticristians haurien de llegir l'estudi que a la revista catòlica *Le Correspondant* fa Victor Giraud sobre el pensament de Taine en matèria religiosa, i l'escrit que a *La Vie Catholique* publica Paul Archambault per a demostrar que els catòlics poden associar-se a la commemoració de Taine i que poden sentir per l'autor de *Els orígens de la França contemporània* una calorosa i franca simpatia.

— Aquí no en tenim de catòlics així!

— Us equivoqueu, amic. En tenim.

— Molts?

— Més dels que alguns es pensen. Jo en conec de ben assenyalats, i que duen hàbit i tot.

— L'actitud del catòlics que vós anomenau europeus revela una més alta intel·ligència.

— Sí; però revela, sobretot, una més alta qualitat moral.

A. ROVIRA I VIRGILI.

(De *La Nau*, diari de Barcelona.)

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4

APARTADO 4024

Precios de suscripción:

Un año	8 pesetas
Seis meses.	4 »
Extrajero: Un año.	15 »
» Seis meses.	8 »
América: Un año.	2 dólares
» Seis meses.	1 dólar
No se admiten suscripciones por menos de seis meses.	

Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero ó 1.º de Julio.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

CRÓNICA

LA de esta semana es deliciosa: los billetes de 25 pesetas listos ya para la circulación; el bautizo del «Jesús del Gran Poder» en el Guadalquivir, no en el Jordán; la Facultad de Teología en las Universidades; las elecciones francesas; la proyectada boda del presidente del Consejo, y hasta los comentarios del diario clerical de Madrid a los comentarios de los protestantes a la última Encíclica.

Vamos por partes y vamos aprisa, que el tiempo es oro, y ESPAÑA EVANGÉLICA no deja espacio para tanto.

Al diablo se le ocurre estampar en un billete de Banco, y de los de mayor circulación, la imagen de San Francisco Xavier *predicando el catolicismo*. No lo comprendemos. Porque, ¿qué es lo que predica en el tan codiciado papelucho untado de mugre? ¿La *concupiscencia de los ojos*?... Buen arma, por cierto, para los enemigos de la Compañía, que le echarán en cara una vez más su influencia todopoderosa en los Bancos y las bancas. ¿Que no, sino el ¡Ay de vosotros, ricos! del Evangelio?... Entonces no es el más indicado un santo para figurar en ningún billete, y todavía menos un religioso con voto solemne de pobreza.

¿Qué diría el excelso misionero, Patrón de la Congregación de «Propaganda Fide», que se lo escamotearon a los capuchinos, que lo querían, y pidieron en balde para su San Fidel de Sigmaringa, protomártir de la misma; qué diría, repetimos, si a este mundo volviera (y a la Compañía, pues no falta quien afirma que murió fuera de ella), cuando su retrato circule por entre las danzas y las orgías de los cabarets y las cajas de caudales de los agiotistas y los usureros?... Francisco de Asís, el gran *evangélico*, en un billete de Banco, sería una contradicción flagrante en un libelo de repudio para su adorada Dama la Pobreza; Francisco de Xavier, ¿no podría ser una confirmación elocuente (lo escribimos con profundo pesar) de lo que el mundo entero achaca a la ilustre hija de Ignacio?... ¡Qué sabrosos comentarios harán las demás órdenes religiosas (todas, sin excepción) y qué sangrientos en sus recreaciones y expansiones íntimas con los seglares amigos! ¿Ignoran esto los jesuitas? ¿Y nada o tan poco les importa que así se denigre o murmure a la Compañía, que permiten al Banco de España, si no lo han rogado ellos mismos, semejante desatino?...

Cuando el gran misionero de pobres indios aparezca con el brazo, llevado todavía ayer en triunfo por ambos continentes, que se alzó tantas veces para administrar el santo Bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, alzado ahora, diríase, para bendecir en

nombre de las tres famosas concupiscencias el *Auri sacra fames* del poeta, el hambre sagrada del oro, anatematizada por el divino Maestro con sus más enérgicos acentos, sinceros devotos de la Compañía y el que suscribe no podremos menos de contemplarle con hondo sentimiento de amargura y de lástima. El santo, en los billetes de 25 pesetas, no es un lauro de la Compañía: es una derrota.

¿Por qué no se le habrá ocurrido a alguien poner en el reverso las célebres llaves y la tiara?... Cosas éstas y otras que no las sentimos por la Iglesia romana, cada día más divorciada del espíritu del Evangelio, sino que lo sentimos por nuestra amada nación, digna de mayores respetos; pues, a propósito de los anunciados billetes, preguntábamos a un prestigioso extranjero qué dicen en su país, próspero y fuerte, cuando noticias de este jaez divulga la Prensa. Y mirándonos de hito en hito, nos respondió textualmente, tras una breve pausa, que, con ser de silencio, hablaba muy alto: «Se ríen de España.» Una llamarada de vergüenza quemó nuestro rostro...

Progresamos que da gusto; como que se ha celebrado estos días en Sevilla, con inusitada pompa, el bautizo del «Jesús del Gran Poder». Es la consecuencia necesaria de una religión cada vez más materializada en la definición y administración de los Sacramentos.

Bautizar un avión, un ferrocarril, un barco, nos parece de mal gusto desde el punto de vista estético; pero desde el punto de vista religioso nos parece sencillamente (íbamos a decir sacrilego, y no lo decimos) una profanación.

Comprendemos que se bendiga un templo destinado a la oración, a cantar las divinas alabanzas y celebrar los sacrosantos misterios de la religión cristiana; comprendemos que se bendigan las imágenes (prohibido y todo por Dios en el capítulo XX del Éxodo), ante las cuales los súbditos del Papa se hincarán de rodillas para suplicar y *adorar* (el pueblo no entiende de distinguos teológicos y las *adora*; que lo digan los sevillanos con su Jesús famoso y los madrileños con el suyo de Medinaceli) aquellas estatuas que *tienen ojos, y no ven; orejas, y no oyen; boca, y no hablan*; comprendemos las bendiciones de los obispos, que en ningún caso, ni *una sola vez*, impartieron en su propio nombre los apóstoles; las hay que producen una muy saneada renta... Lo que no comprendemos es que se ben-

diga un barco, en el que va de todo y se celebran espectáculos y bailes escandalosos; un avión destinado a arrojar el día de mañana bombas de melinita sobre una ciudad indefensa o un campamento dormido; un ferrocarril, negocio comercial como cualquier otro de las grandes Empresas.

No comprendemos que se bendigan; pero de ningún modo admitimos que se *bauticen*; y que se bauticen quebrando una botella de champaña sobre la hélice, o la biela, o el codaste de la nave, menos aún. El santo Sacramento del Bautismo, por Jesús mismo instituido para borrar el pecado original y darnos entrada en el *Reino de Dios*, a nosotros, los evangélicos, nos merece muchísimo más respeto que todo eso.

Una vez bautizado, ¿por qué no conferirle Ordenes Sagradas?, ya que no el matrimonio, dado que la Iglesia romana prefiere célibes a sus ministros. ¿Se dirá que esto suena a escándalo?... Y ¿por qué no el bautizo?... En cuanto tales, los dos Sacramentos del Evangelio y los siete de la Iglesia romana son igualmente sagrados y santos.

Y más de progreso: la Teología en las Universidades. Pluguiera al cielo que no se hubiera nunca suprimido; y plegue a Dios que se restablezca pronto esa Facultad, de quien la Filosofía, la primera de las ciencias, es sólo servidora, y en servirla se honra.

Pero, ¿cuál Teología? ¿La romana? La Teología es la ciencia de Dios; y ¿solamente en la Iglesia romana hay interés de estudiar y de conocer a Dios? Y ¿sólo allí se le conoce y estudia como quiere ser estudiado y conocido? La Teología de los pueblos anteriores al Cristianismo y la de los posteriores a él, la de las grandes Iglesias de la Reforma ¿no merecen de los doctos que se tomen en cuenta?... ¿Que sí? ¡Ah! Y en tal caso, ¿se reconocerá sólo a aquélla el derecho de explicar y comentar todas esas Teologías a su sabor y en su provecho?...

Esto no es justo; y sabiendo como sabemos el control (*sit venia verbo*) que Roma, por sus obispos, ejercería en nuestras Universidades, sería una iniquidad; porque sería el más vil atropello a la conciencia de muchísimos españoles (más de los que se figura *El Debate*), mentir a sabiendas, calumniar impunemente a entidades y naciones tan respetables como la Iglesia romana y España, y falsificar la historia religiosa de la Humanidad, con la agravante de hacerlo desde las más encumbradas cátedras. Y a tanto, a tanto ya... no hay derecho.

Venga esa cátedra, pero libre; teología comparada, discutida, *elénctica*, no intervenida ni por el Estado ni por la Iglesia oficial. Y pues la sagrada Teología no es patrimonio exclusivo de Roma, sea sin trabas e independiente su enseñanza de ella; que la verdad no teme a la luz, la

Este número ha sido revisado por la censura.



(Continuación.)

CAPÍTULO XVII

ANTE EL GRAN CONSEJO.

Aquella misma mañana de Mayo, el gran salón de Ginebra, donde Calvino daba sus conferencias a la multitud de estudiantes, ansiosos de oírle, fué teatro de una reunión muy diferente. El Consejo «grande» o «general» de los ciudadanos se había reunido allí. El gran sillón de dosel, situado en uno de los extremos del salón, que ocupaba antiguamente el prior de los Franciscanos, hallábase a la sazón ocupado, no por maese Juan Calvino, sino por el síndico Amblarde Corne, que tenía colocado delante de sí, sobre la mesa, el negro bastón insignia de su jerarquía. A su lado se hallaban sus tres colegas, y los asientos próximos a ellos, alineados junto a la pared, estaban ocupados por los veinticinco consejeros. Enfrente, en filas apretadas, en los bancos, tenían asiento los miembros legítimos del Gran Consejo, ciudadanos de Ginebra todos, empadronados y registrados. Detrás, y en torno de ellos, en todos los rincones del salón, había una masa de gente tumultuosa, que iba aumentando, hasta que apenas pudieron estar ya en pie. Unos se agarraban a las columnas. Otros se refugiaban en los huecos de las ventanas y muchos tenían que conformarse con estar en las puertas y en los corredores o escaleras.

De aquella densa masa se elevaba constantemente un murmullo muy semejante al zumbido de un enjambre de abejas, del cual salían diversos gritos y clamores. «¡Una plaga sobre vuestros santos!» «¡Aha, los libertinos!» «¡Abajo con él, que se marche!» «¡Abajo el Consistorio!» «¡Al Ródano con todos ellos!» «¡Orden! ¡Orden!» «¡Silencio, ciudadanos!» «Va a hablar el primer síndico. ¡Orden, digo, orden!»

Al fin hubo orden y el suficiente silencio para que la mayor parte del concurso pudiera oír la voz de Amblarde Corne. Y, según iba hablando, aumentaba el silencio; porque sus palabras interesaban a todos. Habló de los últimos disturbios «promovidos por determinadas personas

de mala intención, ciudadanos turbulentos y malos compañeros»; de su intención, apenas velada, de destruir la grandeza y la política de Ginebra, haciendo que la ciudad fuera víctima de la discordia y la anarquía. Con la bendición de Dios, ellos no conseguirían su intento y quedarían expuestos al condigno y bien merecido castigo. Alegaban como pretexto los peligros de la influencia extranjera y, especialmente, la de los emigrados franceses que residían en la ciudad; pero todos sabían que aquellas personas dignas y honradas...

En este punto, un murmullo que había ido creciendo por grados, al otro extremo del salón, llegó a tomar tales proporciones, que no pudo pasar inadvertido, y el orador hubo de detenerse en su perorata para amonestar al público severamente.

Alguien que estaba en uno de los bancos fronterizos se adelantó entonces, diciendo:

— Dispensen vuestras señorías; pero es una persona que trae noticias, importantes al parecer. Desea hablar con los ilustres síndicos; pero no puede atravesar entre el gentío.

— Que le hagan paso y le oiremos — dijo el síndico Corne; y el grito: ¡Abrid paso! ¡Abrid paso!, se extendió por el salón.

No era fácil, sin embargo, obedecer la orden entre tanta concurrencia; pero con tiempo y paciencia pudo conseguirse. Dos centinelas y una persona delgada, vestida con traje de mujer, llegaron hasta los síndicos.

— ¡Santos del cielo! ¿Qué tenemos aquí? ¡Una muchacha! — exclamó uno de los miembros del Consejo, cuyo nombre no se supo; porque nadie quiso confesar que había emitido una exclamación tan antiprotestante, habiendo experimentado todos una viva sensación de sorpresa.

— ¿Qué es esto? — preguntó el primer síndico, que, como era natural, fué el que pudo hacer uso de la palabra antes que los demás —. ¿Qué pretendéis vosotros, centinelas de la ciudad, trayendo aquí a esa doncella?

— Dispensen sus ilustrísimas — dijo uno de los centinelas —, es un mancebo.

— Dignísimos síndicos — añadió el otro, hablando con más lucidez —, es Norberto de Caulaincourt y trae noticias de Pregny.

— Hablad, en ese caso, doncella o mancebo, seáis lo que seáis — dijo el primer síndico, que, al fijarse en el jovenzuelo, reconoció, con sorpresa, el traje adornado de pieles que vestía la persona

entregada por él mismo a los saboyanos en la Puerta Nueva. En aquellos momentos ya circulaba por toda la ciudad el episodio de Norberto, si bien la sorpresa y excitación que en otros momentos habría producido, quedaban sofocadas por el inminente y cada vez más numeroso «terror» libertino.

Entre tanto, Norberto, que se sentía cohibido y avergonzado, procuraba recobrar el uso de la palabra, y, al fin, pudo decir:

— La culpa es de los centinelas, que no quisieron dejarme ir a casa para mudar de ropa.

— No penséis ahora en el traje, y responded sinceramente. ¿Quién sois?

— Soy Norberto de Caulaincourt.

Resonó en todo el salón un murmullo que expresaba tanto gozo como sorpresa, puesto que todos habían dado por muerto al héroe de aquella desesperada aventura, y no faltó quien empezara a aclamarle en alta voz. Verdad es que otras voces decían: «Nos ha engañado.» «Nos ha puesto mal con los saboyanos.» «Ha traspasado los mandamientos de la Sagrada Escritura, haciéndose pasar por...» «¡No, no, no!» «Ha salvado a una doncella ginebrina; arriesgó su vida.» «¡Es un valiente!» «¡Es un emigrado francés y un traidor.»

Con bastante dificultad fué sofocado el tumulto, lo suficiente para que pudiera oírse la voz grave de Amblarde Corne.

— Habrá tiempo para investigar el caso de este joven, después de oír las noticias que, según dicen los centinelas, nos trae de Pregny. Norberto de Caulaincourt, ¿cómo fuisteis a Pregny?

— Yo no he estado en Pregny, que pertenece al territorio bernés; pero en mi camino, de regreso aquí, encontré a maese Ami Berthelier, y él me dió el mensaje.

— Decid, pues, al ilustre Consejo lo que maese Ami Berthelier os ha encargado que digáis.

Afortunadamente, Norberto tenía una de esas imaginaciones que, en lugar de entorpecerse, se aclaran y fijan con los grandes peligros en las ocasiones precisas. Habló con energía y refirió la historia de modo que todos pudieran entenderla. De aquellos labios juveniles salieron, sin vacilaciones, las palabras fatales que quitaron las últimas probabilidades de vivir a Daniel Berthelier y sus cómplices, y, después de oírlas, todos los presentes tuvieron la certeza de que era un hecho la condenación de los traidores, y aquel concurso tumultuoso guardó un silencio solemne, más imponente que los murmullos y los gritos.

(Continuará.)

ESPAÑA EVANGÉLICA
se vende en Sabadell, en la
Librería de Piferrer.

Esfuerzo Cristiano

El versículo del amor.

Dom., 20 de Mayo. 1.ª Juan, 4, 16.

Lecturas diarias.

Lunes . . . Amor eterno . . . Jer., 31, 1-7.
Martes . . . Amor al prójimo . . . Rom., 13, 8-14.
Miércoles . . . Amor de amigo . . . Juan, 3, 25-30.
Jueves . . . Pruebas de amor . . . 1.ª Cor., 13, 4-8.
Viernes . . . Sacrificio de amor . . . Juan, 15, 9-14.
Sábado . . . La pregunta de Cristo. Juan, 21, 15-17.

Sugestiones.

El amor de Dios es el tema que más atracción ejerce sobre los cristianos, y en esta ocasión los esforzadores tienen una buena oportunidad para estudiarlo a fondo. Pero el amor de Dios nos llama al más excelente de nuestros deberes: el de amarle a Él y al prójimo. Convendría hacer en la reunión una lista de versículos en los que se hable del amor de Dios, a la que contribuyese cada miembro a lo menos con un versículo, y otra de versículos en que se nos inste al amor mutuo y del prójimo. Hablando del amor de Dios menciónense bastantes hechos que nos comprueban ese amor y digan otros de qué modo podremos asociar a nuestra vida el ideal de amor que Cristo nos presenta.

Ilustraciones.

Así como el amor de un padre en este mundo se interesa perfectamente por el hijo que está ausente, así el amor de Dios se dirige con más ardor hacia los hijos que más lejos están de Él.

El amor de Dios es un puente extendido desde Él hasta nosotros; aunque pueda ser que no andemos por él, permanece tendido siempre.

El amor de Dios se parece al océano, pronto a correr por cualquier canal que se ponga en comunicación con él.

Así como un padre que ame entrañablemente a sus hijos les cumple todas sus promesas, el amor de Dios es garantía de que Él cumplirá en nosotros todo lo que nos tiene prometido.

Temas para pensar.

¿Cuál es el título más hermoso de Dios? ¿Cómo podemos probar que Dios es amor? ¿Cómo pueden conseguir fácilmente los hombres que Dios les manifieste su amor?

Pensamientos.

El amor de Dios es un sentimiento, pero también es acción; y es acción, porque es sentimiento. — Anón.

Cristo es la revelación mayor del amor de Dios, y Cristo en nosotros es la interpretación del amor de Dios hacia nosotros.

«Dios es amor.» Esto lo sabemos, no por haberlo leído, ni porque nos lo han dicho, sino porque lo hemos experimentado. — S. Saunders.

Sociedades infantiles.

Esther.

Dom., 20 de Mayo. Est., 4, 10-14.

Con justicia puede la joven Esther figurar entre las grandes mujeres de la Biblia por su conducta en la corte de Assuero, rey de Persia. De origen hebreo, llegó

por providencia divina a ser la esposa del rey; y elevada a tan alto rango supo, con su talento y discreción, ganarse la voluntad de Assuero y salvar después a los hebreos esparcidos por el reino. Como es sabido, el ministro Amán, lleno de soberbia contra Mardocheo porque éste no quería rendirle homenaje, tramó un complot diabólico a fin de matar a todos los judíos del reino, entre ellos a Mardocheo. Éste, al conocer el plan, se puso al habla con la reina Esther, que había sido ahijada suya, y juntos estudiaron el medio de frustrar los proyectos de Amán. Su plan tuvo el mejor éxito; la orden de matanza fué revocada y el orgulloso Amán pagó con la muerte su malvado intento.

Jesús de Nazareth.

Armonía de los Cuatro Evangelios por Alejandro Westphal, profesor honorario de la Universidad de Francia.

Traducción de la segunda edición del original francés por Franklyn Albricias.

Los Cuatro Evangelios, cuidadosamente fundidos en una sola narración, traducida en lenguaje moderno, acompañada de epígrafes marginales que trazan un esbozo de la vida de Jesús y de breves notas explicativas que arrojan luz sobre pasajes difíciles.

Un tomo de 304 páginas, encuadrado en tela flexible, 2,50 pesetas.

Pídase a

Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID
Teléfono 17.933.

Escuela Dominical

Los malos labradores.

27 de Mayo.

Mar., 12, 1-10.

TEXTO AUREO: *Jehová conoce el camino de los justos; mas la senda de los malos perecerá.* — Sal. 1, 6.

La viña representa el conjunto de privilegios espirituales que Dios confió a su pueblo para que obtuviera de ellos el fruto de la fe, la obediencia, el amor, la gratitud y toda clase de buenas obras.

Dios hizo por Israel lo que no había hecho por ningún otro pueblo. Se les reveló como el único y verdadero Dios, santo, justo y misericordioso. Les dió su palabra, leyes rectas, un culto puro y lleno de enseñanzas, profetas que les enseñasen la verdad. Era justo que esperase de aquel pueblo el rendimiento de una vida santa. El pueblo escogido debía honrar a Dios delante de todo el mundo, y de este modo atraer a todo el mundo al conocimiento de Dios. Pero resultó infiel, desobediente y rebelde.

En diferentes épocas de la historia de su pueblo, Dios les envió profetas que los llamaban a una vida de más justicia, de más comunión con Dios, de más miseri-

cordia y bondad con los pobres, etc. Estos mensajeros fueron recibidos con desprecio, malos tratos y muchos de ellos con la muerte. La tradición dice que Isaías murió aserrado y Jeremías apedreado. Otros sufrieron parecida suerte.

La benignidad y paciencia de Dios se manifiestan en el hecho de repetir tantas veces estos envíos de sus mensajeros. Por fin llegó a la más elevada prueba de su infinito amor. «Teniendo, pues, aún un hijo suyo amado, dijo: «Enviaré mi hijo amado». Enviólo, pues, a ellos el postrero, diciendo: «Tendrán en reverencia a mi hijo.»

Cristo enseña aquí muy claramente su propia divinidad. Traza una distinción bien marcada entre Él y los profetas. Moisés, Isaías, Jeremías, etc., fueron *siervos*. El es el *Hijo amado*, el único Hijo.

«Este era — dice un comentador — el último y culminante esfuerzo de la misericordia divina; después del cual, quedaban agotados los recursos del amor celestial, por un lado; y por el otro quedaba plenamente colmada la medida de los pecados.»

Pero la teocracia judía, más celosa de conservar sus honores y riquezas que de servir a Dios, pensó en matar al Hijo, al heredero legítimo, para conservar sus privilegios y ventajas. El resultado fué que lo perdió todo. Los discípulos de Jesús, tanto judíos como gentiles, heredaron el reino de Dios, la viña espiritual; fueron los nuevos labradores. Y en cuanto al castigo de los malos labradores, la historia lo refiere en páginas de sangre y desolación; Jerusalem destruida, el templo quemado, centenares de judíos crucificados sobre los montes vecinos, millares vendidos como esclavos.

Había una tradición, recordada por el Salmo 118, 22, de que al construirse el templo los edificadores no comprendieron para qué pudiera servir cierta piedra y la desecharon; luego descubrieron que era precisamente la piedra angular. Así es Cristo, el despreciado y desechado de su pueblo, la piedra angular del gran templo espiritual que Dios está levantando en el mundo.

El Secreto del Cristiano DE UNA VIDA FELIZ

Por HANNA WHITALL SMITH

Un nuevo libro, que viene de la Argentina, recomendado calurosamente por distinguidos pastores evangélicos. La autora habla de la vida cristiana por propia experiencia y en lenguaje sencillo y práctico. Señala el camino que conduce a una vida espiritual victoriosa, fructífera y feliz.

260 páginas En rústica. 2,50 pesetas.
En tela . . . 4,—

Dirigir pedidos a
Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID
Teléfono 17.933